

La independencia ¿Ideal bíblico?

Por Wilbur Madera

Antes de entrar a cualquier discusión se hace necesaria la definición de términos. ¿Qué entendemos por independencia? El término podría ser definido de varias maneras. Algunos parecen entender el término como refiriéndose a la adquisición de habilidades y destrezas motrices que permitan funcionar a la persona en la vida cotidiana. Es decir, que el niño pueda amarrarse las agujetas, peinarse, vestirse y desvestirse, servirse agua, etc. Todas estas habilidades le ayudan a desenvolverse en correspondencia con los requerimientos de la sociedad en la que vive. En este sentido, el término independencia se usa como un sinónimo de *madurez motriz*.

Por otro lado, algunos parecen entender el término en el sentido de *autonomía moral*. Que el niño aprenda a tomar sus propias decisiones. Que sus decisiones sean personales y sin la influencia de tradiciones, prejuicios o de otras personas. Es decir, que la persona sea el juez supremo sobre los asuntos de la vida. Que nadie le diga qué hacer y qué no hacer, sino su propia consciencia. Este es el ideal del humanismo. En este sentido, el término se usa como un sinónimo de autolegislación.

Vemos, pues, que el término independencia se usa generalmente en los sentidos de madurez motriz y autonomía moral. Consideremos ahora la perspectiva bíblica acerca de cada una de estas connotaciones.

Madurez Motriz

La Biblia nos enseña que todo lo que hacemos, lo hacemos delante de Dios. El libro de Proverbios nos recuerda que “los caminos del hombre están ante los ojos de Jehová, Y él considera todas sus veredas” (Prov. 5:21). Nada hay que hagamos que no tenga que ver con Dios. Todo lo que hacemos trae honra o deshonra a Dios (Col. 3:17). Las destrezas y habilidades no son la excepción. La Biblia nos dice que si bebemos o comemos o hacemos cualquier otra cosa, debemos hacerlo para la gloria de Dios (1 Cor. 10:31). Es decir, Dios y sus preceptos, tienen que ver con cada aspecto de la vida cotidiana.

A la luz de esta verdad, ¿Para qué queremos que un niño aprenda a vestirse, a usar los cubiertos, a servir agua, etc.? Desde la perspectiva bíblica, la motivación principal debe ser para que glorifique a Dios. ¿De qué manera puede glorificar a Dios a través de estas destrezas y habilidades? A través del servicio y la edificación de los demás. Por ejemplo, Pablo nos dice que debemos trabajar para tener algo para compartir con los necesitados (Efesios 4:28). La habilidad de trabajar no es un fin en sí mismo, sino un medio para glorificar a Dios.

El niño debe llegar a ser capaz de amarrarse los zapatos, de vestirse y desvestirse, de peinarse, de usar los cubiertos, de lavar sus platos, etc. no sencillamente para que ya no necesite la ayuda de los adultos, sino para que pueda glorificar a Dios a través del servicio a los demás, como por ejemplo, ayudar a sus hermanos menores, apoyar a sus padres en tareas del hogar, lavar los platos de la cena como un servicio a su familia, limpiar el material para el próximo que lo usará, y demás cosas semejantes. Como vemos, la perspectiva bíblica no se conforma con la adquisición de las habilidades, sino que pone énfasis en el uso que se les dé a

las mismas. No basta con enseñar las habilidades, necesitamos fomentar también la actitud bíblica. Una actitud que no se centra en cuántas cosas ya puedo hacer por mí mismo, sino cuántas cosas ya puedo hacer para servir a los demás.

Autonomía Moral

En nuestra sociedad, siguiendo el espíritu del humanismo, la autonomía moral pareciera ser el ideal de toda propuesta educativa. Según esta perspectiva, el propósito de la educación es hacer de la persona un ser independiente en cuanto a las decisiones de la vida. Una persona que piense por sí misma, que no permita que nada influya en sus juicios, que sea el juez final en los asuntos de la vida. Este tipo de independencia tratan de fomentar algunas propuestas educativas. Esto, desde la perspectiva bíblica, resulta totalmente innecesario.

Por el relato de Génesis 3 nos enteramos que la independencia en este sentido (autonomía moral) no es algo de los últimos siglos, sino que tiene sus raíces en la caída del hombre en pecado. La propuesta de la serpiente para Adán y Eva era que ellos serían “como Dios” conociendo el bien y el mal. ¿Para qué tener que depender de Dios para discernir los asuntos de la vida cuando podrían ser independientes moralmente? ¿Para qué tener que estar sujetos a otro cuando ellos podrían decidir por sí mismos? Lamentablemente, Adán y Eva escucharon a la serpiente y abandonaron su sometimiento y dependencia de Dios. Desde ese momento hasta nuestros días, todos nacemos con esta misma inclinación a la independencia moral. No queremos que nadie nos rija, no queremos que nadie nos diga qué es lo que debemos decidir. No queremos depender de nadie. La independencia moral no es algo que tenga que enseñarse, es una tendencia que con toda naturalidad se manifiesta en los niños debido a su naturaleza pecaminosa. Por eso decimos que resulta innecesario enseñar la independencia pues es lo que con mayor naturalidad deseamos.

En vez de independencia necesitamos enseñar dependencia en Dios e interdependencia hacia los demás. La Biblia vez tras vez, nos insta a que dependamos del Señor. Proverbios nos dice: “Fíate de Jehová de todo tu corazón y *no te apoyes en tu propia prudencia*, reconócelo en todos tus caminos y el enderezará tus sendas. *No seas sabio en tu propia opinión*, teme a Jehová y apártate del mal” (Prov. 3:5-7). Siguiendo nuestra propia naturaleza, lo que sale con mayor facilidad es querer apoyarnos en nuestra *propia* prudencia y ser sabios en nuestra *propia* opinión. Por eso el consejo divino es confiar, reconocer y temer al Señor ante todo. Lo correcto no es pensar en independencia de Dios, decidir lo que haremos en independencia de Dios, escoger en independencia de Dios, sino depender de Dios con todo nuestro corazón.

Dios, a través de su Palabra revelada, nos muestra el camino hacia una vida plena, y ese camino es un camino de constante dependencia de Dios en cada asunto de la vida. A Josué Dios le dijo: “Solamente esfuérzate y sé muy valiente, para cuidar de hacer conforme a toda la ley que mi siervo Moisés te mandó; *no te apartes de ella ni a diestra ni a siniestra*, para que seas prosperado en todas las cosas que emprendas.” (Jos. 1:7). Josué no debía ser independiente, sino dependiente a diestra y siniestra de la Palabra de Dios. No debía juzgar las cosas según su criterio, sino con el criterio de Dios. No debía elegir según sus deseos, sino según los deseos de Dios. Este es el camino de la prosperidad y la plenitud de vida. Es el camino de una constante dependencia en el único que merece ser confiado y que es capaz de dirigir nuestras vidas.

Tenemos también el ejemplo de Jesús quien no actuó en independencia de su Padre. Él dice en Juan 6:38: " Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió" y en Juan 5:30: "No puedo yo hacer nada por mí mismo . . . porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre". Y nos demostró que esta era su manera de ser y pensar cuando dijo: "Mas hágase tu voluntad y no la mía". Jesús nos dejó ejemplo de una total y rotunda dependencia en Dios. ¿Por qué entonces seguir el ideal humanista de la independencia del ser humano? Es decir, el ideal de que nadie te diga qué pensar o hacer, sino tú mismo. ¿Para qué fomentar la mentira que hace que pensemos que la palabra dependencia debe ser excluida de nuestro léxico mientras que la idea de la independencia sea vista como el propósito de la vida de todo ser humano?

Fuimos hechos no para ser independientes, sino dependientes de nuestro Dios. Fuimos creados para tener una relación personal inseparable con él. Fuimos creados para glorificarle y gozar de él para siempre. Fuimos creados para depender de él en todos los asuntos de nuestras vidas.

Pero la Biblia no sólo habla de la dependencia en Dios, sino también de la interdependencia con los demás. Dios nos hizo para vivir en comunidad. De hecho, a través de las edades, ha reunido un pueblo para sí, en el cual inserta a cada uno de sus hijos. Somos llamados a vivir en vida de comunidad.

La mejor ilustración de esta idea es la metáfora del Cuerpo que usa Pablo en 1 Corintios 12. En este pasaje Pablo nos explica que somos un Cuerpo en Cristo, y como tal, los muchos miembros conforman una unidad en la que cada parte necesita a los demás, en la que cada parte es interdependiente de los demás. La lección es clara. Dios no desea "llaneros solitarios"; Dios quiere personas que entiendan su función en el cuerpo, que entiendan que no son la totalidad del cuerpo y que necesitan a los demás para cumplir el propósito del cuerpo: glorificar a Dios.

Esto de la interdependencia tampoco viene con naturalidad. Debido a nuestra naturaleza pecaminosa tendemos a no pensar en los demás, sino sólo en nosotros mismos. Por eso la Biblia abunda en versículos que enfatizan los "unos a otros" de la vida. La Biblia nos enfatiza tanto que pensemos en los demás porque nuestra tendencia es centrarnos en nosotros mismos. Por eso, en la educación es importante fomentar la interdependencia de los miembros de la comunidad para la gloria de Dios en vez de la independencia que fomenta el individualismo, egocentrismo y la falta de servicio hacia los demás.

Conclusión

Como vemos, el término independencia debe ser usado con mucho cuidado. Debemos aclarar bien en nuestras mentes cómo lo estamos usando y cuál es la verdad revelada en la Biblia. En este respecto, la adquisición de destrezas y habilidades no es un fin en sí mismo, sino un medio para glorificar a Dios. Igualmente, la autonomía moral no es un ideal bíblico, más bien, es una tendencia de la naturaleza pecaminosa que nos aleja de una dependencia en Dios. Y es aquí donde debemos tener mucho cuidado porque podemos caer en el error de que en aras de lograr que los niños adquieran habilidades y destrezas propias de su edad, de hecho, estemos fomentando autonomía moral.

Debemos analizar las actividades escolares y didácticas a través de preguntas que nos ayuden a discernir el resultado final de las mismas. Por ejemplo, ante cada actividad preguntémosnos:

- ¿Esta actividad sencillamente fomenta el desarrollo de habilidades y destrezas o está fomentando la autonomía moral del niño?
- ¿Esta actividad le está dando al niño la libertad de elegir en asuntos en los cuáles todavía no está en la posición de elegir o no es el tiempo para que lo haga?
- ¿Esta actividad está fomentando el individualismo o la interdependencia bíblica?
- ¿Le ayuda a integrarse a la comunidad o a aislarse de ella?
- ¿Le enseña esta actividad a estar sometido a sus padres, maestros y autoridades?
- ¿Le enseña que la destreza que adquiere es para glorificar a Dios a través del servicio a los demás o muestra la destreza como un fin en sí mismo?
- ¿Le enseña a pensar en los demás antes que en él mismo?
- ¿Le dirige a depender de Dios o hacer las cosas en independencia de Dios?

Preguntas como estas pueden ayudarnos a orientar las actividades escolares y didácticas hacia el propósito real de la educación cristiana: que el niño viva para glorificar a Dios y que goce de su relación con él para siempre.